

Reflexión sobre el *Christus Totus* en San Agustín

Joseph L. Farrell, OSA

Valladolid, 10 de octubre 2025

Gracias por la oportunidad de compartir con ustedes algunas breves reflexiones en este acto académico de la inauguración oficial de este curso académico. Estoy agradecido a David Álvarez, director del Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid, por la invitación.

Son tantas las áreas que conforman el enorme *corpus* de la obra de nuestro Santo Padre San Agustín, que intentar reducir ese mar de información a un solo tema es, sin duda, un verdadero desafío, pero procuraré mantenerme enfocado en el tema elegido. Esta tarde me gustaría que camináramos juntos para descubrir, o quizás para algunos de ustedes, recordar el tema del *Christus Totus* en la vida y los escritos de San Agustín de Hipona.

Comencemos nuestra reflexión de esta tarde con una cita de la segunda de sus *Exposiciones sobre el Salmo 90*:

«Nuestro Señor Jesucristo consta de cabeza y cuerpo, en cuanto varón perfecto. Reconocemos la cabeza en el hombre que nació de la Virgen María, padeció bajo Poncio Pilato, fue sepultado, resucitó, subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, de donde esperamos que vuelva como juez de vivos y muertos. Él es la cabeza de la Iglesia (Ef 5, 23). La Iglesia es el cuerpo que pertenece a la cabeza. Con esto no nos referimos solo a la iglesia presente en este lugar, sino a la Iglesia que está en este lugar y en todo el mundo; y no solo a la Iglesia de nuestros días, sino a aquella que comenzó con Abel y abarca a todos los que nacerán y creerán en Cristo hasta el fin, el pueblo entero de los santos que pertenece a la única ciudad. Esa ciudad es el cuerpo de Cristo y Cristo es su cabeza... Lo conocemos como el Cristo total, que significa Cristo en su sentido universal, Cristo con su Iglesia. Pero solo él había nacido de la Virgen y solo él es la Cabeza de la Iglesia, él que es el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús (*En. Ps. 90, 2, 1*).

Un factor clave que posibilita la comprensión de cómo Agustín exhortaba a su comunidad a la comunión se encuentra en su teología del *Christus totus*. Es una combinación de teología, eclesiología, espiritualidad y cristología entrelazadas

para hacerse una idea de lo que significa no solo pertenecer a Cristo, sino también ser Cristo.

Agustín se apoya principalmente en la enseñanza paulina del *Corpus Christi*. Aunque, como he dicho, en realidad esta enseñanza es una combinación de teología, eclesiología, espiritualidad y cristología, para mayor claridad emplearemos aquí la palabra “espiritualidad”. Es el término que Tarsisius van Bavel utiliza para definir esta “idea” de Agustín¹.

La analogía espiritual de nuestra unidad en Cristo, de nuestra comunión, de Cristo como Cabeza y nosotros como miembros de su cuerpo, tiene un fundamento sólido en los escritos paulinos. Si echamos un breve vistazo a la carta de Pablo a los Efesios, podemos ver en el capítulo primero su introducción a este tema:

«Y todo lo sometió bajo sus pies (Cristo) y lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo». (Efesios 1, 22).

Un poco más adelante en la carta, Pablo enfatiza el mismo tema:

«Viviendo la verdad en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien trabado y unido por la cohesión que proporcionan todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro, realiza el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor». (Efesios 4,16)

Este tema se repite en Romanos 12:

«Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a los demás». (Romanos 12, 4-5)

O en la Primera Carta a los Corintios:

«El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de ese único pan». (1 Corintios 10,16-17)

«Pues, del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo... Porque todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo... Ahora bien, el cuerpo no consta de un solo miembro, sino de

¹ Véase T. van Bavel, “The *Christus Totus* Idea,” *Augustinian Spirituality and the Charism of the Augustinians*, (Villanova, PA: Augustinian Press, 1995), 59-70.

muchos... Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, aunque el cuerpo es uno... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro». (1 Corintios 12, 12-27)

Agustín insistía en reconocer la presencia de Cristo tanto en la comunidad en su conjunto, como en cada uno de sus miembros. Agustín nos dice que cuando Cristo se dirige a un miembro de la Iglesia en las Escrituras, se está dirigiendo a toda la Iglesia.

Quienes asistían habitualmente a su predicación, fueron testigos de la cantidad de veces que Agustín se refería a la comunidad como *Christus totus*². Henri Marrou señala que, en la predicación de Agustín —especialmente en sus *Enarrationes in Psalmos*—, Agustín utiliza la expresión *Christus totus* al menos unas doscientas veces, sin contar las decenas de alusiones al tema y su uso de *Corpus Christi*. Para Agustín, Jesucristo se manifiesta en nuestro mundo de tres maneras:

- a) como Dios, coeterno e igual al Padre,
- b) como el Verbo encarnado, mediador y cabeza de la Iglesia,
- c) como el Cristo total en la plenitud de la Iglesia.

Agustín ofrece una explicación más completa de estas tres manifestaciones de Cristo en la Escritura en un sermón que probablemente predicó en Cartago hacia el año 419. Introduce su sermón con la siguiente explicación:

«Nuestro Señor Jesucristo, hermanos y hermanas, en la medida en que he podido advertir en las Sagradas Escrituras, se le entiende y nombra de tres maneras cuando se le anuncia ya sea por medio de la ley y los profetas, ya por medio de las cartas de los apóstoles, ya mediante la veracidad de las obras que realizó y que conocemos por el evangelio. La primera, como Dios y según la naturaleza divina que es igual y coeterna con el Padre antes de asumir la carne. La segunda se refiere al momento posterior a su ascensión de la carne; según ella, se lee y se entiende que el mismo que es Dios, es hombre, y el mismo que es hombre, es Dios, según una preeminencia que le es propia y en la que no puede equipararse con otros seres humanos, sino que es el mediador y cabeza de la Iglesia. La tercera, equivale, en cierto modo, al Cristo total (*Christus totus*) en la plenitud de la Iglesia, es decir, como cabeza y cuerpo, según la plenitud-de cierto hombre perfecto, del que cada uno de nosotros somos miembros»³.

² Véase H. Marrou, *Théologie de l'histoire*, (Paris: Éditions du Seuil, 1968), 43. Cf. *en. Ps.* 17.2 ; 26.2.2 ; 30.2.1.3 ; 54.3 ; 56.1,6 ; 74.5 ; 100.3 ; 132.7 ; 138.2.

³ s. 341.1.

Como *Christus totus*, la Iglesia se hace real en la medida en que reconoce su responsabilidad de ser Cristo *para* y *con* los demás. Tarsisius van Bavel afirma que esta responsabilidad tiene su centro en una relación de amor. El amor que existe entre los miembros de la comunidad es una relación en Cristo que alimenta a los miembros como un todo. De hecho, el amor es lo único que mantiene unida a la comunidad.

En una reflexión sobre la Primera Carta de Juan, Agustín afirma:

«Así es como este amor se mantiene en su totalidad: así como se une en una sola unidad, así también todos los que dependen de él constituyen una sola unidad, y es como si el fuego los fundiera. Es oro: se funden diversas piezas, y se convierten en una sola. Pero, a menos que arda el calor de la caridad, no puede haber fusión de muchos en uno». (*ep. Jo. tr. 10.3*)

Qué frase tan hermosa: *a menos que arda el calor de la caridad, no puede haber fusión de muchos en uno*. Ese calor de la caridad es más visible cuando miramos la Cruz de Cristo. Fue la entrega total e incondicional de Cristo por el mundo lo que nos fundió en un solo cuerpo. Es la manera en que Cristo se hace realidad en todos sus miembros.

En lugar de centrarse en el individuo, el pensamiento de Agustín es fundamentalmente comunitario, contemplando el todo en cada parte y cada parte en el todo. Van Bavel llama la atención sobre el énfasis de Agustín en el Cristo total cuando afirma:

«En consecuencia, para él Cristo no es solamente un “Yo”, sino también un “Nosotros”. Cristo nos incorpora a sí mismo... Así como nuestra personalidad está constituida por cientos de relaciones, la persona de Cristo debe ser vista como alguien en relación con todo ser humano, porque su amor es universal»⁴.

El *Christus totus* está completamente presente en la comunión de cada uno de los miembros de la comunidad, y está igualmente presente en cada uno de los miembros por separado. Cada miembro individualmente, y todos colectivamente, formamos el Cristo total. El amor, que Cristo derramó por nosotros en la sangre que vertió desde la cruz, es el amor que nos forma como cuerpo suyo. Ese mismo amor es el que estamos llamados, como cuerpo de Cristo, a compartir con los demás, especialmente con los más vulnerables y débiles entre nosotros. En el Sermón 133 escuchamos a Agustín afirmar:

«Ahora bien, me pregunto si no deberíamos mirarnos a nosotros mismos, si no deberíamos pensar en su cuerpo, porque él también somos nosotros.

⁴ T. van Bavel, “The Double Face of Love...” 73

Al fin y al cabo, si no fuéramos él, no sería cierto esto: “*Cuando lo hicieron con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicieron*” (Mt 25,40). Si no fuéramos él, no sería cierto esto: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*” (Hch 9,4). Así que nosotros también somos él, porque somos sus órganos, porque somos su cuerpo, porque él es nuestra cabeza, porque el Cristo total es cabeza y cuerpo»⁵.

Agustín tiene aquí una manera impactante de hablar. El obispo de Hipona está diciendo que Cristo no solo está en nosotros, sino que es nosotros. Luego continúa diciendo que nosotros también somos él, que somos Cristo. Ahora bien, no somos Cristo de la misma manera que lo es Él, que es coeterno con el Padre, ni de la misma manera que el Dios encarnado en la historia. Pero como Cristo total, como *Christus totus*, como cuerpo de Cristo que vive en plena comunión, como Iglesia, somos Cristo. Permítanme compartir con ustedes dos ejemplos más de lo que Agustín quiere decir.

En su *Exposición sobre el Salmo 26* Agustín recuerda a sus oyentes:

«Los cristianos son el mismo Cristo... Somos el cuerpo de Cristo porque todos estamos ungidos y todos estamos en Él; somos Cristo y somos de Cristo porque, de alguna manera, el Cristo total es cabeza y cuerpo». (*En. Ps. 26, 2, 2*)

Y en un *Tratado sobre el Evangelio de Juan*:

«Alegrémonos, pues, y demos gracias de que no solo hemos sido hechos cristianos, sino también Cristo. ¿Comprendéis, hermanos, y alcanzáis con la mente la gracia de Dios sobre nosotros? ¡Admiraos! ¡Alegraos de que hemos sido hechos Cristo! Porque si Él es la cabeza, nosotros somos los miembros: el hombre entero es Él y nosotros». (*ev. Jo. tr. 21, 8*)

Lo que Agustín nos dice sobre los miembros de la Iglesia, individualmente y juntos en comunión —que somos Cristo— es también la realidad de la vida comunitaria como agustinos. Nuestra vida en comunidad es un microcosmos de la Iglesia más amplia. La forma en que procuramos vivir en comunidad se basa en la comunidad de la Iglesia primitiva de Jerusalén, donde: «*La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma; y ninguno consideraba suyos los bienes que poseía, sino que todo lo tenían en común*» (Hch 4,32-34). La manera en que vivimos nuestras vidas en nuestras comunidades agustinianas es exactamente la forma en que concebimos la Iglesia universal. Cada miembro individual de nuestra Orden, de nuestra circunscripción y de nuestra comunidad local es Cristo que se manifiesta como Cristo total. Nuestra debilidad y pecaminosidad humanas a veces

⁵ Véase: s. 133.8.” Cf. también: *Io. eu. tr. 108.5 Io. eu. tr. 111.6.*

nos dificultan ver a Cristo en nosotros mismos y en nuestros hermanos de comunidad y en nuestros hermanos y hermanas con quienes vivimos en nuestra sociedad global, pero eso no niega la realidad de que Cristo esté presente en nosotros, como individuos y como comunidad.

Con esta comprensión del *Christus Totus* podemos llegar a una apreciación más plena de los Sermones 227 y 272 de Agustín sobre la Eucaristía. Aquí él reconoce la presencia del Cristo total en el sacrificio que se celebra en la celebración eucarística. Muchas veces, cuando usamos la palabra comunión, nos referimos a la Eucaristía. Cuando yo era niño, no hablábamos de recibir nuestra primera Eucaristía, sino nuestra Primera Comunión. Yo era el tercer hijo en mi familia, y por lo tanto tenía que esperar a ver a mis dos hermanos mayores subir, junto a mis padres, a recibir la comunión antes de que llegara mi turno. El 1 de mayo de 1971, finalmente me tocó a mí. Las hermanas religiosas en la escuela parroquial nos hacían practicar durante semanas cómo recibir la hostia. Nos enseñaban a prepararnos para recibir la Primera Santa Comunión. Viéndolo ahora, creo que pasaba más tiempo preocupándome por cómo prepararme físicamente para recibir la hostia, que por prepararme espiritualmente para recibir el Cuerpo de Cristo. Supongo que, a los 7 años, eso es lo esperable. La Eucaristía como Cuerpo de Cristo que Agustín presentaba a su congregación no estaba pensada para niños de 7 años, pero gracias a Dios, podemos desarrollarla y reflexionar sobre este tema ahora como adultos. En la Misa, de niños, formábamos una fila para recibir la comunión. Hoy el énfasis está más puesto en la Eucaristía, en el acto de Acción de Gracias, porque eso significa la palabra griega *Eucharistia*. Es un rito de Acción de Gracias, y es el *Christus totus* quien da gracias en la Eucaristía por el don inapreciable de ser miembros del Cuerpo de Cristo que recibimos.

Junto con la acción de gracias, Eucaristía y comunión, tenemos la palabra sacrificio, asociada a este hermoso sacramento. Agustín exhorta a su asamblea a reconocerse a sí misma en ese sacrificio; a aceptar su responsabilidad de ser el cuerpo de Cristo que reciben y celebran en la mesa. Agustín nos ofrece una mirada a su comprensión de la Eucaristía y también una percepción a la práctica de recibir la Eucaristía diariamente:

«Debéis saber lo que habéis recibido, lo que estáis a punto de recibir, lo que debéis recibir cada día. Ese pan que podéis ver sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Ese cáliz, o mejor dicho lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas realidades quiso el Señor Cristo presentarnos su cuerpo y su sangre, que derramó por nosotros para el perdón de los pecados. Si los recibís dignamente, vosotros mismos sois lo que recibís. Porque el apóstol dice: “*Siendo muchos, somos un solo pan, un*

solo cuerpo” (1 Cor 10,17). Así explicó él el sacramento de la mesa del Señor: un solo pan, un solo cuerpo somos todos nosotros, por muchos que seamos.

En este pan se os da a comprender claramente cuánto debéis amar la unidad. Porque, ¿acaso ese pan se hizo de un solo grano? ¿No había muchos granos de trigo? Pero antes de convertirse en pan estaban todos separados; fueron unidos por medio del agua después de ser molidos y triturados. Porque, después de todo, a menos que el trigo sea molido y mojado con agua, no puede tomar la forma que se llama pan. Del mismo modo vosotros también fuisteis molidos y triturados, por así decir, mediante la humillación del ayuno y el sacramento del exorcismo. Luego vino el bautismo, y fuisteis, por decirlo de algún modo, humedecidos con agua para ser moldeados en pan. Pero todavía no es pan sin el fuego que lo cueza. Entonces, ¿qué representa el fuego? Es el crisma, la unción. El aceite, que alimenta el fuego, es el sacramento del Espíritu Santo.

... Así pues, prestad atención, y ved cómo vendrá el Espíritu Santo en Pentecostés. Y vendrá de esta manera: se manifestará en lenguas de fuego. Él, veis, infunde en nosotros la caridad que debe encendernos para Dios, hacernos despreciar el mundo, consumir nuestra paja y purificar y refinar nuestros corazones como oro. Así viene el Espíritu Santo: fuego después del agua, y sois cocidos en el pan que es el cuerpo de Cristo. Y así se significa la unidad». (s. 227).

Agustín nos enseña sobre los tres sacramentos de la iniciación en este único sermón. Se nos da una breve introducción a los símbolos del bautismo (agua), la eucaristía (pan y vino) y la confirmación (aceite/fuego). Todos los sacramentos apuntan a la misma meta, que es el amor. Ese amor es lo que une al Cuerpo de Cristo como uno solo, en comunión.

En el Sermón 272 Agustín cita 1 Corintios 12,27 que ya hemos visto: «*Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros suyos*», y anima a su congregación a reconocerse en el misterio que se coloca sobre el altar y en el misterio que reciben.

«Es a lo que sois a lo que respondéis Amén, y al responder así expresáis vuestro consentimiento. Lo que oís, como veis, es el Cuerpo de Cristo, y respondéis: Amén. Sed, pues, miembros del cuerpo de Cristo, para que ese Amén sea verdadero». (s. 272, 1)

La Eucaristía se convierte no solo en fuente de alimento para nosotros, sino también en aquello que nos mantiene unidos en comunión. Nuestra respuesta de *Amén* es una respuesta que afirma lo que ya somos. Nuestra respuesta de *Amén*

es una respuesta que nos recuerda que la comunión que recibimos es la comunión en la que vivimos en Cristo. Él es nuestra Cabeza y nosotros somos sus miembros. Es la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo, la comunión que nos une bajo nuestra Cabeza. Agustín explicó en un sermón:

«Por lo tanto, recibid y comed el cuerpo de Cristo, vosotros que habéis llegado a ser miembros de Cristo en el cuerpo de Cristo; recibid y bebed la sangre de Cristo. Para no dispersaros ni dividiros, comed lo que os une». (s. 228b, 3)

Creo que cuando nos centramos en la Eucaristía como algo que puede unirnos, tenemos una mejor comprensión de cómo nuestra teología de la Eucaristía puede ayudarnos a trabajar más en desarrollar la unidad en lugar de la división. El mundo en el que vivimos ha visto y experimentado división en casi todos los aspectos de la vida. La política, la sociedad, la educación, el comercio e incluso la Iglesia están resaltando diferencias y demonizando al “otro” de muchas maneras. No soy tan ingenuo como para creer que vamos a resolver todas las divisiones del mundo recibiendo la Eucaristía, pero sí creo que podemos comenzar con nosotros mismos, reconociendo la unidad entre nosotros en lugar de las divisiones, y que, como una piedra lanzada en un estanque, los efectos de esta comunión se sentirán en otras áreas.

El papa Francisco abordó un aspecto importante de la comunión en su Carta Encíclica *Fratelli Tutti*. En un solo número promueve el siguiente pensamiento sobre estar unidos como uno solo. Creo que podemos trasladar todo lo que él dice sobre la familia a nuestras comunidades agustinianas, luego a la Iglesia y finalmente al mundo. Él afirma:

«El esfuerzo duro por superar lo que nos divide sin perder la identidad de cada uno, supone que en todos permanezca vivo un básico sentimiento de pertenencia. Porque «nuestra sociedad gana cuando cada persona, cada grupo social, se siente verdaderamente de casa. En una familia, los padres, los abuelos, los hijos son de casa; ninguno está excluido. Si uno tiene una dificultad, incluso grave, aunque se la haya buscado él, los demás acuden en su ayuda, lo apoyan; su dolor es de todos. [...] En las familias todos contribuyen al proyecto común, todos trabajan por el bien común, pero sin anular al individuo; al contrario, lo sostienen, lo promueven. Se pelean, pero hay algo que no se mueve: ese lazo familiar. Las peleas de familia son reconciliaciones después. Las alegrías y las penas de cada uno son asumidas por todos. ¡Eso es lo que significa ser una familia!» (*Fratelli Tutti* 230).

¿No es esto exactamente de lo que trata nuestra vida como agustinos? ¿Es este un ideal por el cual todos luchamos en nuestra vida común, en nuestras comunidades agustinianas? Desarrollar un sentido de pertenencia en nuestra comunión de vida es vital para que todos nos sintamos en casa. Es una parte necesaria de la vida comunitaria y un aspecto esencial de lo que somos como Iglesia. Sabemos, quizás por experiencia personal, que cuando no nos sentimos “en casa” en nuestras propias comunidades, es entonces cuando sentimos que no estamos en comunión con el resto de los miembros de la comunidad. Cuando no nos sentimos “en casa”, comenzamos a buscar o incluso crear razones para estar ausentes con mayor frecuencia de las actividades comunes, la oración, las comidas, la recreación, los proyectos de trabajo comunitario. Sentirse “en casa” es fundamental para poder experimentar un sentido de comunión unos con otros.

Otro aspecto que el papa Francisco ofrece respecto a estar en comunión es la expresión que encontramos cada vez más en su enseñanza. Habla de una “cultura del encuentro”. En *Fratelli Tutti*, explica lo que quiere decir con esto:

«La palabra “cultura” indica algo que ha penetrado en el pueblo, en sus convicciones más entrañables y en su estilo de vida. Si hablamos de una “cultura” en el pueblo, eso es más que una idea o una abstracción. Incluye las ganas, el entusiasmo y finalmente una forma de vivir que caracteriza a ese conjunto humano. Entonces, hablar de “cultura del encuentro” significa que como pueblo nos apasiona intentar encontrarnos, buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos. Esto se ha convertido en deseo y en estilo de vida. El sujeto de esta cultura es el pueblo, no un sector de la sociedad que busca pacificar al resto con recursos profesionales y mediáticos». (*Fratelli Tutti* 216).

Cuando decimos que somos, en efecto, el cuerpo de Cristo, no podemos equipararnos con el Logos divino que es coeterno con el Padre, ni con el Jesús histórico que entró en nuestra naturaleza humana y caminó por este planeta que llamamos tierra. Es necesario ser conscientes de la distinción entre Cristo y la humanidad. Por mucho que Agustín identifique a cada persona con Cristo, no quiere decir que no exista distinción alguna entre los dos. Agustín nos recuerda en el Sermón 246 que somos hijos de Dios por gracia y Cristo es Hijo de Dios por naturaleza. Aunque somos Cristo en nuestro mundo, no somos el Hijo de Dios; eso corresponde únicamente a la naturaleza divina del Hijo unigénito de Dios. Agustín, al reflexionar sobre el papel de Dios Padre, explica: «Hay una clara distinción entre que él sea Padre del Hijo unigénito de una manera, y nuestro Padre de otra; su Padre es por naturaleza, el nuestro es por gracia». (s. 246,5). Para ayudar a comprender esto mejor, me gusta usar una frase de nuestro hermano agustino Tarsisius van Bavel. Al resaltar la diferencia necesaria, él afirma:

«La distinción entre Cristo y nosotros consiste en el hecho de que Cristo es el Salvador y nosotros somos los salvados»⁶.

Esta reflexión sobre el *Christus totus* ayuda a crear un contexto en el cual podemos ver el desarrollo de nuestra llamada a la comunión. Michael Cameron, profesor de teología en la Universidad de Oregón y alguien que ha dedicado mucho tiempo al estudio de los sermones de Agustín y sus *Exposiciones sobre los Salmos*, advierte, sin embargo, que: «El *totus Christus* no es simplemente un tema o, incluso, la doctrina más importante y central de la predicación de Agustín. Más bien constituye la misma atmósfera de los sermones, un cauce subterráneo de experiencia siempre fluyente»⁷. Esta atmósfera, entonces, nos ayuda a descubrir el significado de vivir en comunión en nuestro camino sinodal. Tanto individual como colectivamente, como el *Christus totus* en camino hacia la salvación.

Para concluir mis reflexiones de esta tarde, quisiera compartir con ustedes un pequeño fragmento de lo que nuestro hermano agustino el papa León presentó en una homilía que pronunció en la fiesta de la Santísima Trinidad. Predicó estas palabras a los atletas reunidos en el domingo de la Trinidad durante este Año Jubilar de la Esperanza. Él afirmó:

«Toda actividad humana buena y valiosa es de algún modo un reflejo de la belleza infinita de Dios... Porque Dios no es inmóvil ni cerrado en sí mismo, sino actividad, comunión, una relación dinámica entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se abre a la humanidad y al mundo. Los teólogos hablan de *perichoresis*: ella da origen a la vida».

Y así, podemos ver que la idea del *Totus Christus*, la comunión entre nosotros, está viva y es dinámica, y tiene el potencial de convertirse en una realidad en todas nuestras comunidades, tanto pequeñas como grandes. Nuestras comunidades familiares, culturales, sociales, eclesiales, políticas y educativas reflejan la relación dinámica del amor trinitario de Dios, hecho manifiesto en nuestro tiempo, en nuestra historia. Esto permite la realización de tantas posibilidades en la vida, ya que estas realidades dan origen a la vida. Sabemos que la mayor de esas posibilidades no es otra que el amor. El amor que nos da una esperanza que “no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Romanos 5,5).

Muchas gracias.

⁶ T. van Bavel, “The *totus Christus* Idea”, 64.

⁷ M. Cameron, “*Totus Christus* and the Psychagogy of Augustine’s Sermons,” *AugStud* 36:1 (2005), 65.